

*Bajo la sombra de Vichy: el relato del pasado reciente en la Euskadi actual**

Luis Castells Arteche

Fernando Molina Aparicio

Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibersitatea

Los resultados electorales habidos en Euskadi con motivo de las elecciones autonómicas de octubre de 2012 han mostrado la pujanza del nacionalismo vasco, reflejada en los números alcanzados por sus dos expresiones organizativas: el PNV y la agrupación EH Bildu. No es nuestro propósito hacer valoraciones sobre esas elecciones: ni es nuestro campo, ni tendría su encaje en una revista como ésta. Sí, en cambio, este hito puede ser un buen punto de partida para incidir en el papel que desempeña la historia en Euskadi y reflexionar acerca del terreno en que se mueve cuando decide abordar el tiempo más reciente de este país.

Un dato sobre el que hay que llamar la atención es el significativo sustento electoral que ha tenido EH Bildu, que es la coalición para la que ETA pidió apoyo electoral, mediante un comunicado del colectivo de presos de esta banda terrorista¹. Consiguientemente, al votante no le cabía duda de que cuando votaba a esta op-

* Este trabajo forma parte de las investigaciones desarrolladas por el Grupo de Investigación del Sistema Universitario Vasco de Historia Social y Política del País Vasco Contemporáneo (IT-429-10) financiado por el Gobierno Vasco.

¹ En el que se alude, primero, a que «una vez agotada la estructura administrativa de España» es hora de situar a los parlamentos de Gasteiz e Iruñea en rumbo hacia un nuevo Estado independiente. Para, acto seguido, afirmar que «ofrecemos la lucha y el voto a la única opción política, a Euskal Herria Bildu. Es nuestro momento y está en nuestras manos» [Comunicado del Colectivo de Presos y Presas Políticos Vascos (EPPK), *Gara*, 19 de octubre de 2012].

ción estaba votando *con* ETA, por no decir que estaba premiando políticamente a ETA. Resulta chocante que, después de treinta y cinco años de democracia, una parte sustancial de la población vasca ofrezca su apoyo a una coalición que no tiene empacho en presentarse como una proyección política de las aspiraciones y fines de esta banda terrorista. Y aún más chocante que, a través de un proceso impecablemente democrático, esta coalición haya ido consolidándose electoralmente en estos últimos años.

Esta circunstancia revela la fractura que existe en Euskadi a la hora de caracterizar a ETA: para unos, una organización terrorista; para otros, un movimiento cuyas acciones podían ser discutibles pero, en tanto tenían un sentido *político*, perseguían un fin honesto: la libertad *nacional*. Se trata de una prolongación de la falta de consenso en torno al significado de la democracia y su marco constitucional que ha caracterizado a esta sociedad, y que hace que haya salido de una etapa marcada por la acción violenta de ETA sin diagnósticos comunes sobre fenómenos centrales de su historia reciente.

Mario Onaindia señaló que la violencia terrorista ha sido siempre «una pantalla en blanco en la que cada cual tenía el derecho a proyectar sus propios fantasmas»². Y el nacionalismo vasco ha mostrado especial interés en proyectar su particular relato de identidad sobre esa pantalla. No olvidemos que éste es el nacionalismo con el que se identifica ETA y que es, a la par, la cultura política hegemónica en esta autonomía. Una cultura en la que participa incluso una parte nada desdeñable de esa porción de ciudadanos (aproximadamente la mitad del censo electoral) que es categorizada políticamente, precisamente, por carecer de dicha atribución, sobre la que parece radicar el eje de la identidad («no nacionalistas»). Sin embargo, si esa «pantalla» ha sido rellena de contenidos nacionalistas (en adelante nos referiremos a ellos también recurriendo al concepto de «abertzales»), convengamos que éstos descansan siempre en terrenos emocionales más vinculados a la memoria que a la historia. Con lo que una pregunta a la que debemos responder es desde qué plano (emotivo o racional) los historiadores han abordado la problemática de la violencia terrorista y de su efecto en la sociedad vasca.

² Mario ONAINDIA: *Guía para orientarse en el laberinto vasco*, Madrid, Temas de Hoy, 2003, p. 212.

Un dato, al respecto, es la extensión en el mundo académico de términos comunes al lenguaje político utilizado para interpretar la violencia terrorista, que bebe directamente de una memoria colectiva plagada de contenidos nacionalistas (compartidos, en muchas ocasiones, desde planteamientos vascos y españoles). Desde el mundo académico se asume con frecuente normalidad un relato del pasado que se fundamenta en la confrontación entre dos sujetos: un Estado supuestamente centralista y un primordial «pueblo vasco». A esta dimensión externa muchos historiadores unen otra interna, de conflicto y falta de consenso identitario e institucional entre los propios vascos³.

Dado que esta dualidad no es aceptable a ojos *abertzales*, pues presenta una imagen fracturada del cuerpo social sobre el que descansa la nación soñada, fue normalizándose en el lenguaje político un término más rotundo en su planteamiento del pasado: el «contencioso político» entre Euskadi y el «Estado español». Ésta es la narrativa de sentido que, inventada en los años de la transición democrática, alimentó la opción política rupturista por la que apostó el PNV a finales de los noventa. Fue entonces cuando se apadrinó en el espacio público el término que más éxito ha cosechado hasta la fecha: «el conflicto». Fue dotado de estatus institucional con ocasión del Pacto de Lizarra consignado por el PNV y Euskal Herriarrok (coalición que sustituyó para la ocasión a Herri Batasuna) el 12 de septiembre de 1998: «la sociedad vasca, durante demasiados años, ha venido sufriendo las consecuencias de un conflicto histórico de naturaleza política no resuelto»⁴. Este nuevo término se vinculó a un nuevo topónimo etno-lingüístico (Euskal Herria) que debía simbolizar el nuevo tiempo de superación del marco constitucional. ETA había comenzado a utilizarlo después de la

³ El *Pacto de Ajuria Enea* ha sido el más vistoso reflejo de esta narrativa del pasado, en donde la alusión a «las profundas aspiraciones al autogobierno que el pueblo vasco ha reflejado a lo largo de su historia» era subordinada a un acuerdo interno en el seno de este que convertía la resolución de la conflictividad interna en prioritaria sobre la externa (*Pacto de Ajuria Enea. Acuerdo para la normalización y pacificación de Euskadi*, Vitoria, 12 de enero de 1988).

⁴ Manuel MONTERO: «La historia y el nacionalismo. La visión del pasado en el Partido Nacionalista Vasco, 1976-2005», *Historia Contemporánea*, 30 (2005), pp. 259-260 y 252. Aún sobreviviría durante un tiempo la apelación al «contencioso»; véase, al respecto, las declaraciones del Lehendakari Juan José Ibarretxe recogidas en *El País*, 25 de mayo de 1999.

caída de su cúpula en Bidart, en 1992, junto con una nueva estrategia de «socialización del sufrimiento» que diseñó para reforzar el llamado Movimiento de Liberación Nacional Vasco.

Estos términos alimentaron una narrativa que atribuye caracteres políticos uniformes a un colectivo humano diverso y complejo como ha sido el que ha habitado la actual Comunidad Autónoma Vasca⁵. Toda narrativa de sentido se vale de una semántica performativa, que le permite objetivar lo subjetivo. De ahí que el recurso a topónimos como Euskal Herria (o Vasconia, o la misma Euskadi cuando se utiliza para tiempos previos a que el apelativo fuera normalizado institucionalmente) incorpore una lógica tautológica, pues cada uno de estos términos introduce, por sí mismo, una narrativa que objetiva la identidad vasca en la historia. Lo que, a su vez, induce a imaginar un colectivo histórico uniforme al que esta identidad dota de sentido (el *pueblo vasco*). Así lo demostró un conocido periódico con motivo de su promoción de un libro de síntesis histórica que recurría a uno de estos topónimos⁶. Su dimensión performativa era subrayada desde el mismo título de la noticia promocional⁷.

En el fondo, aunque se persiga simplificar el recuento de problemáticas del pasado a las que se alude, el uso de estos términos permite objetivar la nación como narración histórica que antecede el nacionalismo político, según la conocida fórmula de Ernest Gellner. De esta manera, muchos académicos pueden transferir narrativamente su particular identidad nacional a su análisis del pasado. En un escrito público en recuerdo de varios bombardeos de villas vascas por la aviación franquista durante la guerra civil, tres académicos (un historiador, un politólogo y un jurista) afirmaron que estos «constituyen tres expresiones sangrientas del conflicto político vasco. [...] Desde 1789 no existe una sola generación de vascos que no haya conocido la guerra y el exilio ligados directamente a razones de orden político. Y a pesar de ello, hay en España quien se aven-

⁵ En ocasiones, estos términos son utilizados indistintamente, véase Josetxo BERRIAIN y Roger FERNÁNDEZ (coords.): *La cuestión vasca. Claves de un conflicto cultural y político*, Barcelona, Proyecto A., 1999.

⁶ Nos referimos a Iñaki BAZÁN (dir.): *De Tubal a Aitor. Historia de Vasconia*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002.

⁷ Arturo ARNALTE: «Mil años de problema vasco», *El Mundo*, 3 de noviembre de 2002.

tura a negar la mera existencia de un conflicto político vasco»⁸. El historiador que firmó este escrito colectivo acaba de publicar (¡qué casualidad!) un voluminoso libro sobre uno de estos bombardeos, el de Gernika (uno más que añadir a esa lucrativa industria académica montada en torno a este acontecimiento de la guerra civil, que es convenientemente abstraído de sus circunstancias, precedentes y consecuentes, y convenientemente reconvertido en referente mítico de esta narrativa). Otro colega ha apuntado, en la misma línea, cómo «más allá de la violencia [de ETA] hay un tema político pendiente. Si aquélla ha impedido, hasta ahora, abordarlo, mientras éste no se resuelva no se desactivará definitivamente aquélla»⁹.

El perfil profesional de estos colegas no es *amateur*, pues están vinculados a diversas universidades públicas de dentro y fuera de España. Son académicos que asumen sin rubor un nacionalismo metodológico que les lleva a integrar el terrorismo y sus causas en una narrativa fundada en la identidad. Una narrativa que alimenta, voluntaria o involuntariamente, oscuras perversiones políticas, como el intento de dotar de lógica histórica a la violencia terrorista, al colocarla como un eslabón más de una confrontación histórica entre el pueblo vasco y el Estado español. Este relato mítico que alude a un «conflicto histórico y político» no es, pues, inocente, sino que ha alimentado la identidad y el comportamiento de los perpetradores. Cuando Asier Karrera, el asesino material de Fernando Buesa y su escolta, Jorge Díez, en febrero de 2001, expuso ante el tribunal las razones que le habían llevado a accionar la bomba, declaró que su víctima era «responsable directo del conflicto que vive Euskal Herria». La misma acusación que ETA había vertido previamente en su justificación del asesinato¹⁰.

Nos encontramos ante unos «mitos que matan»¹¹. Unos mitos que resultan naturalizados por cierta historiografía, no necesariamente vinculada al amateurismo clásico en que se mueve la más ac-

⁸ Pedro IBARRA, Xabier IRUJO y José Manuel CASTELLS: «70 años después», *El Correo*, 26 de abril de 2007.

⁹ Antoni SEGURA: *Crónica de una desesperanza*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, p. 17.

¹⁰ Fernando MOLINA: *Mario Onaindia: Biografía patria, 1948-2003*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, pp. 249-250.

¹¹ Gaizka FERNÁNDEZ: *Historia de una heterodoxia abertzale. ETA político-militar, ELA y Euskadiko Ezkerra, 1974-1994*, Tesis doctoral depositada en la UPV/EHU en noviembre de 2012, en prensa.

tivamente comprometida con el nacionalismo vasco radical. Y esta naturalización histórica lleva a una laminación moral de las personas que han sufrido la violencia terrorista, al igualarlas a sus agresores en una misma condición de víctimas de un «conflicto». Víctimas abstraídas en tanto que lamentable consecuencia de «la violencia del conflicto»¹². Y así vemos que si es cierto que «donde se viola al hombre se violenta también el lenguaje», esta violación tiene lugar en el País Vasco no sólo en el espacio político o público, sino también en el académico¹³.

Por supuesto que a lo largo de los últimos años han surgido notables trabajos que se apartan de cualquier nacionalismo metodológico y que buscan ubicar el fenómeno de la violencia terrorista y de sus víctimas propiciatorias en torno a claves de oportunidad política y referentes culturales e identitarios de signo sagrado y totalitario¹⁴. Sin embargo, los condicionantes narrativos aludidos explican, en nuestra opinión, por qué el análisis del pasado reciente de los vascos ha seguido privilegiando una aproximación que hace suyos los mitos que dotan de identidad a la comunidad *abertzale* y que alimentan las políticas de la memoria autonómica.

Y es que en el País Vasco no se ha cumplido la máxima de que «cuanto más fuerte es la memoria —en términos de reconocimiento público e institucional—, más el pasado de la que es vector deviene susceptible de ser explorado y elaborado como Historia»¹⁵. La memoria no ha promovido la historia, la ha fagocitado, como bien demuestra el relato histórico sobre el franquismo en el País Vasco. Así,

¹² Antoni SEGURA: *Euskadi. Crónica...*, p. 18.

¹³ La cita en Martín ALONSO: «Sociología de la microviolencia. El obstáculo invisible para una justicia restaurativa», Ponencia presentada en el seminario sobre Justicia de la convivencia, DeustoForum, Universidad de Deusto, 1 de junio de 2012, pendiente de publicación.

¹⁴ En lo que hace referencia a las publicaciones más recientes: Jesús CASQUETE: *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical*, Madrid, Tecnos, 2009; Raúl LÓPEZ: *Años en claroscuro. Nuevos movimientos sociales y democratización en Euskadi, 1975-1980*, Bilbao, UPV, 2011, y Gaizka FERNÁNDEZ, y Raúl LÓPEZ: *Sangre, votos y manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical, 1958-2011*, Madrid, Tecnos, 2012, para el caso de ETA y de su conglomerado político de apoyo; y, para el nacionalismo vasco en su conjunto, el valioso trabajo enciclopédico coordinado por Santiago DE PABLO *et al.* (coords.): *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco*, Madrid, Tecnos, 2012.

¹⁵ Enzo TRAVERSO: *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 55.

sigue sabiéndose infinitamente mejor cuántas personas murieron en Gernika que cuántas fueron asesinadas en Bizkaia pocos meses después (no digamos a qué formaciones políticas pertenecían o qué diferentes represalias se tomaron según esta militancia). Sigue conociéndose mucho mejor cómo funcionaba el Gobierno Vasco en el exilio que cómo se comportaban los vascos que no se exiliaron. O cómo actuaban políticamente y bajo qué formas de identificación colectiva unas cuantas decenas de jóvenes a mediados de los años sesenta (eso fue ETA) que un millón más de vascos en esas mismas fechas. Todo esto explica por qué hasta fechas muy recientes no se ha promovido en la universidad un sólo proyecto de investigación colectivo destinado a analizar las violencias ocurridas durante y después de la guerra civil. O que el único libro publicado con aspiración de síntesis sobre la dictadura haya sido elaborado por el cronista local de un periódico, que se limita a adoptar el preceptivo canon histórico¹⁶.

Esta memoria no sólo se impone a la historia, sino que condiciona también la tarea del historiador a la hora de abordar el tiempo reciente marcado por la violencia terrorista. Aquí se observa una resistencia aún más intensa a dicho abordaje, salvo que éste se dote del molde narrativo antes aludido. En esta resistencia pesa, por un lado, la inmediatez de unos acontecimientos cuyas heridas aún están abiertas, si bien a lo que debe aspirar el historiador es a ser capaz de lograr un alejamiento emocional de los fenómenos estudiados, por muy calientes que estén sus consecuencias¹⁷. Y pesa, sobre todo, el que todo proceso de final de la violencia origina una pugna de interpretaciones sobre los hechos pasados, una confrontación de visiones en la que los perpetradores pretenden que permanezca como capital simbólico su pasado violento y que sea su abandono el que los legitime como opción de presente.

Éste es el marco de la ya aludida batalla por las representaciones del tiempo reciente, alimentada por la idea de que *el pasado, pasado está*, pero su representación permitirá asentar un relato que otorgue reconocimiento social a aquel que logre instalarla como memo-

¹⁶ Imanol VILLA: *Historia del País Vasco durante el Franquismo*, Madrid, Sílex, 2009.

¹⁷ Santos JULIÁ: «Elogio de Historia en tiempo de Memoria», en Ángeles BARRIO, Jorge HOYOS y Rebeca SAAVEDRA (eds.): *Nuevos Horizontes del Pasado. Culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander, Universidad de Cantabria, 2011, p. 42; Jürgen HABERMAS: *La constelación posnacional*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 47.

ria hegemónica¹⁸. Así lo señala con meridiana claridad uno de los portavoces públicos de la comunidad radical aberzale:

«Que la izquierda abertzale se nutra de su abnegado pasado, lo cultive en sus nuevos militantes y lo sepa transmitir, con humildad, a Bildu y al resto de la sociedad vasca. Porque ganada la batalla de la Memoria, habremos ganado todas. Y todos»¹⁹.

En esta confrontación ideológica de corte historicista, el nacionalismo en general y, muy en especial, el cobijado en EH Bildu (y, próximamente, en Sortu), prefiere recurrir, frente a la historia, a la memoria como herramienta con la que otorgar credibilidad a su narración. Y ello por dos razones. En primer lugar, porque los relatos de memoria son una herramienta que permite una construcción interesada desde el presente²⁰. Y, con tal motivo, suelen «estar dirigidos a fines políticos o sociales» con objeto de elaborar un relato partidista²¹. En segundo lugar, porque, como consecuencia de lo dicho, la fragilidad de la memoria como forma de conocimiento (debido a su capacidad adaptativa, subjetiva y autorreferencial) permite articular una narración del pasado acomodada a intereses parciales, carente de rigor en la medida en que es el fruto de una construcción subjetiva de signo emocional y presentista. Así, la inflación memorialística propia de esta *era del testigo* que define el tiempo presente se intensifica aún más en la Euskadi actual, al estar incentivada por los apremios públicos por construir un relato a través de la memoria, con lo que ello comporta.

A esta apelación a la memoria el nacionalismo vasco le otorga un nítido componente antihistórico²². Los discursos que portavoces

¹⁸ Elisabeth JELIN: *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002, p. 39.

¹⁹ Jose María ESPARZA: «El Sortu que yo quisiera», *Gara*, 12 de julio de 2012. Esparza es el director de la editorial Txalaparta, fábrica principal, junto con la editorial Pamiela, de la nueva memoria colectiva del nacionalismo radical vasco, que produce a ritmo estajanovista todo tipo de obras «históricas» que patrimonializan los escaparates de la principal cadena de librerías y empresa distribuidora local.

²⁰ Es una idea tomada de Pierre Nora y recogida, por ejemplo, por Manuel ORTIZ: «Memoria social de la guerra civil: la memoria de los vencidos, la memoria de la frustración», *Historia Actual*, 10 (2006), p. 190.

²¹ Santos JULIÁ: *Elogio de Historia en tiempo de Memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 115.

²² La distinción entre historia y memoria, por ejemplo, en Peter NOVICK: *Ju-*

de este segmento político hacen sobre el pasado no reivindican un conocimiento desde la historia (es decir, complejo, contextual, riguroso, por tanto, polémico y crítico), sino un relato simplificador que dé consistencia a la identidad grupal. Desde las plataformas discursivas de la llamada izquierda *abertzale* se muestra un abierto desdén por la historia académica, considerada como cosa de *eruditos*, que no ha hecho sino elaborar una interpretación bastarda, tendenciosa, basada en la mentira y en la ocultación de la secular opresión padecida por los vascos. Según plantea este discurso, ante la traición de los historiadores no cabe más que apelar a la memoria *popular* para que ponga en pie la auténtica historia de la nación. Nada nuevo, desde luego, bajo el cielo historiográfico español²³. Pero que en el caso del País Vasco adquiere unos tintes burdos, en donde la historia se transmuta en leyenda o en propaganda, lo que no impide su eficacia social a la hora de amparar y reforzar una determinada memoria social en clave histórico-victimista. Así lo expone uno de los referentes intelectuales de este tipo de proyectos, que cuentan con un sólido soporte organizativo y capacidad de difusión pública (cadenas de librerías, sociedades editoras, corporaciones de investigación y ciencia, fundaciones culturales):

«En esta coyuntura, como en otras, ante la negativa a poder contar y desarrollar nuestra propia historia nos queda el recurso de la memoria. Sin memoria no hay futuro y con memoria y, sobre todo con su transmisión, tantas y tantas esperanzas llevarán camino de florecer»²⁴.

Dados estos criterios y asentándose en la débil carga epistemológica de la memoria, la narración de la historia reciente está preparada para ser adecuada a los intereses de las formaciones políticas dominantes. Así, va imponiéndose en Euskadi un discurso en

díos, ¿vergüenza o victimismo? El Holocausto en la vida americana, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 16.

²³ Véanse, por ejemplo, Pedro RUIZ TORRES: «Pasado común y responsabilidad colectiva», en Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO y Nomes e Voces (eds.): *Memoria de guerra y cultura de la paz en el siglo XX*, Gijón, Ediciones Trea, 2012, p. 57, y Javier RODRIGO: «El relato y la memoria. Pasados traumáticos, debates públicos, y viceversa», *Ayer*, 87 (2012), pp. 239-249.

²⁴ Iñaki EGAÑA: «Nuestra memoria», *Euskal Memoria Aldizkaria*, 1 (2010), p. 3, localizable en http://www.euskalmemoria.com/cont/es_ES/13/Revista+Euskal+Memoria++N%C2%BA+1.html&format_id=13.

que la mirada al pasado debe ayudar a la «reconciliación», a la «superación de odios», al «encuentro de la sociedad», de manera que el relato histórico ha de allanar esos objetivos. Por ello se margina a la historia en tanto que disciplina que busca una «verdad» incómoda, que no satisface a todas las partes, y que debe ser sustituida por una herramienta que pueda propiciar un bien superior como es la «búsqueda del bien común»²⁵.

La filosofía es clara: la utilidad social queda fijada por encima del rigor científico, algo, por lo demás, que reconocidos pensadores han planteado como posible finalidad preeminente de la historia²⁶. Y para este propósito la memoria, con la carga moral que se le suele asignar, resulta operativa como categoría interpretativa²⁷. A partir de estas premisas, los portavoces de este discurso equidistante proponen que el relato que se elabore debe favorecer la «convivencia, que es el valor máximo de la democracia»²⁸. Lo que, traducido al terreno que nos ocupa, supone que debe elaborarse desde una «memoria incluyente que recoja las distintas violaciones de derechos humanos»²⁹.

Se cuele, así, uno de los mantras que cada vez tiene más eco en la sociedad vasca y desde el que se articula el discurso sobre la historia reciente del País Vasco: los *derechos humanos* y su *vulneración* como clave analítica. De esta forma y de rondón, se diluye la responsabilidad de ETA como principal causante del terror, ya no se habla del terrorismo sino de las «violencias», no se trata de la falta

²⁵ «La memoria histórica [...] tiene una finalidad operativa. Nos debe servir para hacer la política ordenada a la realización del bien común» (Patxi MEABE *et al.*: «Por una memoria histórica verdadera y útil», *El Diario Vasco*, 29 de junio del 2012). Los firmantes de este manifiesto están vinculados a medios cristianos relacionados con el nacionalismo vasco, como bien se infiere de la terminología que utilizan.

²⁶ Caso de Tzvetan TODOROV: *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 49. Una crítica a ello en Ricard VINYES: «La Memoria del Estado», en *El Estado y la Memoria*, Barcelona, RBA, 2009, p. 55.

²⁷ Tzvetan TODOROV: *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Barcelona, Península, 2002, p. 208.

²⁸ «La deslegitimación de la violencia nos parece un objetivo noble y bueno y positivo, pero que puede ser un error colocarlo en la cúspide de todo lo que debemos hacer, que en la cúspide hay que colocar la convivencia» (Jonan Fernández, intervención en el Parlamento Vasco, 11 de febrero de 2011). Se trata de uno de los principales representantes del movimiento social que busca intervenir en la resolución pacífica del «conflicto vasco» y que está apadrinado por sectores cercanos al PNV.

²⁹ Patxi MEABE *et al.*: «Por una memoria histórica...».

de libertad que una parte de la sociedad padeció como consecuencia de la persecución de ETA, sino que se pone el acento en un concepto más difuso: la *dignidad humana y sus vulneraciones*.

Así, van tomando forma las directrices de una narración que obvia la culpa de ETA en nombre de la reconciliación, y emplea para ello la memoria como instrumento metodológicamente lável, dándose pie a que pueda hablarse de *varios relatos, varias verdades*, infiriéndose que tan legítimas son unas como otras³⁰. Se desliza, de este modo, la idea sustantiva de esta narrativa sobre el pasado: que han existido dos violencias simétricas, lo que permite un reparto de responsabilidades entre la violencia de ETA y las generadas «por las políticas represivas y de guerra sucia de los Estados español y francés»³¹. Es una formulación que expresa sin tapujos la autodenominada «izquierda abertzale», y que alimenta la idea de que en Euskadi ha habido un sufrimiento compartido, lo que aparece diluir o exculpar las acciones de ETA. El argumento no sólo tiene una vertiente justificadora que se dirige a sectores nacionalistas menos radicalizados pero que *comprenden* la actividad etarra en el marco del secular «conflicto», sino también otra reivindicativa, en tanto que ETA es presentada como una respuesta histórica inevitable a éste³². Y para ello se recurre a la narrativa de sentido que alude a un supuesto «conflicto histórico y político».

La lectura de la doble violencia tiene una interesada aceptación en Euskadi, preferentemente entre los medios nacionalistas, destacando una vez más sectores del clero local como elaboradores entusiastas de este discurso³³. Para otorgar credibilidad a esta idea de la simetría del horror, se ha puesto en juego en el espacio público

³⁰ La referencia a unas «verdades distintas» en las declaraciones del antiguo obispo de Gipuzkoa Jose María Setién en *El Diario Vasco*, 25 de marzo de 2012. En el programa electoral del PNV para las elecciones autonómicas de octubre de 2012 se señala, por ejemplo: «Una auténtica memoria compartida deberá reflejar las diversas verdades de todas las vulneraciones de todos los derechos humanos» (p. 19).

³¹ Cita tomada del Manifiesto de la autodenominada izquierda abertzale, «Viento de solución», febrero de 2012, en ezkerabertzalea.info/doku/Konponbidehaizea.pdf.

³² «ETA ha creado mucho dolor y víctimas. Y todos somos conscientes también de que esto es consecuencia de un conflicto que se ha dado desde hace siglos» (declaraciones del diputado al Congreso por Bildu, Joxean Errekondo en *El Diario Vasco*, 2 de enero de 2012).

³³ Manuel ALTOZANO: «El clero quiere perdón recíproco», *El País*, 26 de octubre de 2011.

una campaña de cifras acerca de las víctimas ocasionadas por las fuerzas policiales o parapoliciales —por el Estado, en suma—, elaborada sin el más mínimo rigor. Así, se nos habla, desde un colectivo cercano al nacionalismo vasco radical, de 474 «ciudadanos vascos» muertos «a manos de los aparatos del Estado» en el periodo 1960-2010, o de los 603 heridos que presenta un informe de la Dirección de Derechos Humanos del Gobierno Vasco en la época del lehendakari Juan José Ibarretxe, cifras que no resisten el más somero contraste histórico³⁴.

Para sostener este discurso moralizador, equidistante y ahistórico es preciso, de nuevo, difuminar a las víctimas del terrorismo, en consonancia con el relato histórico del que se sirve. La condición de víctima es abstraída de la misma manera que lo es la de verdugo. En el relato del pasado que va camino de ser dominante en el espacio público, y que está alentado (con distintos matices) por las dos formaciones nacionalistas que han triunfado en las últimas elecciones autonómicas, las víctimas del terrorismo ocupan un lugar compartido con las ocasionadas por la *violencia del Estado*, todas ellas agrupadas bajo la etiqueta de la *vulneración de los derechos humanos*. Se evita cuidadosamente tratar de la naturaleza de la violencia que sufrieron, las intenciones políticas o no de los victimarios, los contextos en que se produjeron los hechos y, en suma, de construir un auténtico relato científico del pasado que puede hacer comprensibles las diferentes responsabilidades y entender lo sucedido y sus causas³⁵. Es un enfoque de «disociación privatizadora» que encaja con el propósito de ciertos académicos de sensibilidad *abertzale* y que persigue proporcionar una visión confortable de la historia reciente, que permita diluir el terrorismo etarra, apartando así la parte más incómoda del pasado de la nueva sociedad que se pretende construir³⁶.

En síntesis, lo que se persigue desde planos académicos, sociales y políticos hegemónicos en el País Vasco —especialmente a tenor del resultado de las elecciones autonómicas y de las consecuen-

³⁴ Luis CASTELLS: «La historia del terrorismo en Euskadi. ¿Entre la necesidad y el apremio?», en Jose María ORTIZ DE ORRUÑO y José Antonio PÉREZ (eds.): *Construyendo memorias. Relatos históricos para Euskadi después del terrorismo*, Madrid, La Catarata, 2013, en prensa.

³⁵ La necesidad del estudio del *contexto* de la violencia y de sus perpetradores en Enzo TRAVERSO: *El pasado, instrucciones...*, p. 24.

³⁶ José María RUIZ SOROA: «En torno al concepto de “víctima” en la política actual», *Cuadernos de Alzate*, 45 (2011), p. 32.

tes políticas de la memoria que van a diseñarse— es elaborar una representación del pasado que aliente una interpretación en clave de *neutralidad blanda*³⁷. El eco social que tiene este propósito tiene dos explicaciones. Por un lado, el ya comentado apoyo social con el que cuenta el imaginario etarra en la sociedad vasca³⁸. Por otro, ese fenómeno que en el país vecino se explicó como «Síndrome de Vichy»³⁹. Es decir, la inclinación al olvido que comparte una población que ha sufrido hechos traumáticos en los que ha participado una parte sustancial del cuerpo social, bien mediante actitudes activas o pasivas. Un olvido que afecta a aquellas partes del pasado que pueden forzar a tener que reconocer una culpa individualizadora y personal. Porque detrás del pasado reciente de Euskadi, late una pregunta cuya respuesta, desde el plano de la historia, puede ser sumamente incómoda: ¿qué hizo buena parte de la población vasca ante ETA?

³⁷ Formulación de Thomas Haskell, en Peter NOVICK: *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, vol. II, México, Instituto Mora, 1997, p. 745.

³⁸ José María RUIZ SOROA: «La sociedad vasca ante el final de ETA», *Bakeaz*, marzo de 2011, p. 7.

³⁹ Tony JUDT: *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Taurus, Madrid, 2006, p. 1153, y Henry ROUSSO: *Le syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, París, Seuil, 1990.